



Artistas por la Paz y la Soberanía de los Pueblos

En cada acto creativo, quienes nos dedicamos a expresarnos a través del arte, somos responsables, aún sin saberlo, de aportes fundamentales a la construcción de subjetividades. Creamos lenguajes, instalamos ponemos en juego conceptos sobre miradas diversas y particulares de la realidad, y podemos también, influir en la conciencia de los individuos para revisar y transmutar paradigmas consagrados. Si observamos detenidamente nuestra responsabilidad a la hora de producir visualidad y contenidos, podremos interpretar y sopesar la importancia social, no sólo de nuestro trabajo, sino de toda producción simbólica.

Por lo tanto, desde nuestra condición de artistas, creemos necesario continuar y profundizar la discusión acerca de la necesidad de descolonizar, no solo el arte, sino también la cultura. Creemos ineludible trabajar decididamente para liberarnos de la penetración cultural a la que estamos sometidos desde hace siglos como creadores y como pueblo, y convocamos entonces, desde nuestros espacios y con nuestras propias herramientas, a descolonizarnos efectivamente, sin prejuicios de contenidos y de formas, criticando severamente las prácticas elitistas, la banalidad del culto a la ornamentación y al entretenimiento y la ausencia de compromiso por las causas universales.

De todo lo dicho se desprende nuestro compromiso por relacionar la democratización de la cultura con la soberanía popular, la justicia y la paz. Es imposible pensar en un arte descolonizado y descolonizador sin considerar que la soberanía popular y la independencia nacional son inherentes y partes fundamentales de una concepción de sociedad democrática y, por lo tanto, de su cultura.

Córdoba, Marzo de 2016

Latinoamérica y el Caribe, territorio de Paz

La crisis global del capitalismo ha vuelto a instalar en el mundo entero la noción de una guerra en curso sin precedentes. Valen como ejemplo los cruentos sucesos que se desarrollan en estos precisos momentos en Medio Oriente, donde las principales víctimas son civiles: hombres, mujeres, jóvenes, niños y ancianos indefensos. La voracidad de las corporaciones industriales y financieras globales, socias de gobiernos decididos a resolver las crisis de sus propios Estados a costa de nuevas formas de colonialismo, están llevando al conjunto de la humanidad al borde de una conflagración inimaginable.

Las fuerzas imperiales actuales, encabezadas por EE.UU., la Unión Europea, Israel y varios países cómplices de Medio Oriente, entre ellos Arabia Saudita y Turquía, son los responsables directos de las atrocidades desencadenadas en el intento de derrocar gobiernos de la región para apropiarse de los recursos petrolíferos y establecer nuevos controles geoestratégicos. Son las mismas potencias que hasta hace poco tiempo entrenaron, financiaron y dirigieron para su beneficio a las bandas de mercenarios-terroristas que hoy asolan a bastas poblaciones como Libia, Afganistán, Irak, Yemen, Siria y otros del continente africano, lo cual está empujando a millones de personas a vivir hacinados en refugios de países vecinos o a migrar hacia Europa. Lo paradójico y perverso de este escenario de devastación y migraciones masivas es que los estados europeos, que durante siglos de colonización se enriquecieron apropiándose de las riquezas de los mismos pueblos que hoy huyen de la guerra, no quieren o no saben cómo resolver la descomunal demanda de miles de familias sobrevivientes que buscan refugio.

Hay que considerar que las potencias occidentales no piensan ni remotamente detener las guerras que han desencadenado, ya sea por su voracidad neocolonial o por cuestiones geoestratégicas, en el marco de su más grande crisis civilizatoria. Es evidente que su intención no es eliminar el terrorismo del Estado Islámico, sino dejar que esas hordas de asesinos debiliten aún más a los gobiernos de los países que invaden. Por otro lado, tras las acciones de un fundamentalismo genocida que oculta los verdaderos motivos de los ataques terroristas, se ha desencadenado una guerra de carácter étnico-religioso entre pueblos hermanos y naciones que deberían convivir en Paz, sin intervención extranjera y con el derecho a decidir soberanamente sobre sus propios destinos.

La cultura milenaria de los pueblos agredidos está siendo bombardeada con la misma irracionalidad con que se asesina a inocentes. No sólo se destruyen monumentos arqueológicos, sino también todas sus expresiones materiales y espirituales.

Sin embargo, hoy debe ser motivo de celebración que Latinoamérica y el Caribe sea territorio de Paz. La historia reciente, especialmente la que se desarrolla desde el comienzo de este siglo en adelante, se ha caracterizado por el avance y fortalecimiento de las democracias y por la feliz ausencia de conflictos bélicos. Sólo podemos registrar el prolongado conflicto armado entre la insurgencia de las FARC y el ejército del Estado Colombiano que, tras el complejo pero fructífero Diálogo de Paz que se desarrolla en La Habana, Cuba, pareciera estar llegando a su fin.

El siglo XXI nos encuentra recorriendo un camino en el que se trabaja intensamente por el sueño mayor de nuestros libertadores: la Patria Grande con Paz, Justicia y Soberanía Popular.

No hay dudas de que dentro del escenario político de Latinoamérica y el Caribe no todos los gobiernos piensan y actúan de manera homogénea, lo cual es sumamente valorable, pues se demuestra de ese modo que cada nación y sus gobernantes deciden soberanamente sobre su propio camino respetándose la voluntad popular y la diversidad de alternativas democráticas.

Por ello, podemos deducir, sin temor a equivocarnos, que no hay tarea más importante en este momento que la necesaria y constante defensa y mantenimiento de la Paz en Latinoamérica y el Caribe, sin olvidar la guerra de Malvinas, las cruentas invasiones a República Dominicana, Granada, Panamá y otras naciones con formas solapadas de intervención militar norteamericana, como en Chile, Nicaragua y El Salvador, entre otros.

Es por este motivo que debemos estar alertas ante cualquier intento desestabilizador en cualquiera de nuestras naciones. No podemos ignorar los dos “golpes blandos” llevados a cabo en Honduras y Paraguay que concluyeron con la destitución de dos presidentes elegidos democrática y constitucionalmente. No debemos distraernos ante las maniobras de quienes, habiendo fracasado políticamente en el pasado cercano, llevando a la bancarrota a Nuestra América, hoy pretenden restaurar ese mismo orden conservador, anti popular y pro imperialista pisoteando la soberanía nacional.

Lo que hoy constituye una amenaza para la Paz en nuestro continente no son sólo las “flotas de marines” y las bases militares en territorios o en cercanías de algún país hermano; es una trama de complicidades entre corporaciones mediáticas, industriales, judiciales y financieras cuyos actores sociales están preocupados por su desplazamiento en el escenario del poder real en las últimas décadas, en el control social a través de la cultura, en la subordinación del Estado a los intereses corporativos o en la influencia ejercida durante siglos sobre las Fuerzas Armadas. Son los mismos sectores sociales transnacionalizados que hoy se proponen recuperar para sí el poder que necesitan para satisfacer sus apetencias y las de sus pares extranjeros. Ellos no dudarían en apelar a la represión contra el pueblo o, si fuera necesario, a una intervención militar extranjera y a extender la guerra sobre nuestro continente.

Por todo lo antedicho y seguramente por mucho más, declaramos:

1 – Como artistas argentinos y latinoamericanos, conscientes de nuestra responsabilidad social en el campo de la producción simbólica, partícipes necesarios en la construcción de subjetividad y sujetos de derechos como ciudadanos en la cultura del pueblo, creemos oportuno y necesario dar a conocer nuestro pronunciamiento sobre la Paz y la Soberanía de los Pueblos al conjunto de la sociedad y a todos los gobiernos de nuestro continente.

2 - Que consideramos motivo fundamental de celebración que Latinoamérica y el Caribe se haya constituido en un territorio de Paz para el disfrute de sus pueblos.

3 – Que no existen mejores condiciones para el progreso social, económico y cultural que las que se obtienen por medio de la convivencia pacífica entre nuestros pueblos y Estados.

4 – Que a pesar de las repercusiones económicas y financieras que soportan nuestras naciones a causa de la crisis global del capitalismo, debemos continuar transitando los caminos alternativos como pueblos y gobiernos independientes y soberanos, especialmente sobre la base del papel fundamental del Estado, la economía social y la complementariedad en el comercio exterior, sobre todo con los países hermanos.

5 – Que para cualquier controversia entre Estados de Nuestra América, por razones de fronteras, plataformas marítimas, provocaciones encubiertas, descolonización, etc., se recurra ante todo al diálogo entre las partes sin injerencia extranjera y también con la mediación de los órganos supranacionales continentales como UNASUR y CELAC.

6 – Que es imprescindible no sólo el mantenimiento de la Paz, sino también el permanente control y defensa de la misma por parte de los pueblos y los gobiernos de Latinoamérica y el Caribe.

7 – Que la soberanía de pueblo y gobierno es la principal y más eficaz cualidad del ejercicio democrático de toda nación como garantía de Paz y Justicia.

8 – Que nos declaramos a favor de la autodeterminación de los pueblos en su derecho a elegir democráticamente el gobierno y el Estado que crean convenientes. Por lo tanto, rechazamos toda forma de injerencia de un Estado sobre otro en los asuntos internos de cualquier nación soberana.

La paz solo se alcanza y se defiende con la justicia y la soberanía de los pueblos

UNAV - Unión Nacional de Artistas Visuales – Córdoba